

El "Espíritu de la familia" en "La novia del hereje" de Vicente Fidel López

Author(s): Elizabeth Garrels

Source: *Hispanérica*, Año 16, No. 46/47 (Apr. - Aug., 1987), pp. 3-24

Published by: [Saul Sosnowski](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/20539241>

Accessed: 12-01-2016 18:57 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Saul Sosnowski is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Hispanérica*.

<http://www.jstor.org>

Ensayos

El “espíritu de la familia” en *La novia del hereje* de Vicente Fidel López

ELIZABETH GARRELS

I

En la “Carta-prólogo” a la segunda publicación de su novela histórica *La novia del hereje* (1854), Vicente Fidel López echó mano a la analogía de que las tradiciones son a un pueblo lo que la familia es al individuo: “los pueblos en donde falte el conocimiento claro y la consciencia de sus tradiciones nacionales [es decir, su historia], son como los hombres desprovistos de hogar y de familia.”¹ Después aclaró sus motivos por haber escrito la novela, y estos valen como una definición de lo que él consideraba los fines morales de la novela histórica: “Iniciar a nuestros pueblos en las antiguas tradiciones, hacer revivir el espíritu de la familia, echar una mirada al pasado desde las fragosidades de la revolución para concebir la línea de generación que han llevado los sucesos, y orientarnos en cuanto al fin de nuestra marcha, eran objetos que de cierto tentaban las cándidas ambiciones de mi juventud” (pp. 13-4). Al hablar de “hacer revivir el espíritu de la familia,” hablaba analógica o metafóricamente de fomentar el patriotismo en los miembros de la nación argentina.

Sin embargo, nueve años antes, cuando había definido la novela como género en su libro *Curso de bellas letras* (1845), había hablado de la familia en un sentido literal. Contrastando la novela al poema épico, la

Río de Janeiro, Brasil, 1946. Ha publicado *Mariátegui y la Argentina: Un caso de lentes ajenos* y *Las grietas de la ternura: Nueva lectura de Teresa de la Parra*. Actualmente prepara un libro sobre el *Facundo*. Es profesora de literatura latinoamericana en el Massachusetts Institute of Technology.

1. *La novia del hereje* o *La Inquisición de Lima*, Buenos Aires, “La Cultura Argentina,” 1917, p. 13. Todas las citas de la novela serán de esta edición y aparecerán dentro del texto.

había definido de la siguiente manera: “Así pues se creó un género de obras fantásticas, que no aspiraba a presentar ninguno de esos héroes de la vida pública que dejan su nombre en la historia, sino que dedicaba sus medios a ofrecer la idealización de un padre, de una madre, de un amante, de un hijo, de un marido; por último, de cualquiera de las personas que representan las relaciones domésticas, y que viven de los tiernos afectos que son propios del corazón humano tomado bajo este aspecto.”² Más adelante decía:

Su objeto primordial es pintar la vida doméstica y ennoblecer los efectos, que resultan de esas relaciones morales en que se apoya la familia. De aquí, nace la necesidad de que la novela sea *moral* es decir; que renueve en nosotros las afecciones, que les dé impulso, que les dé energía, y sirva para provocar fuertes simpatías en favor de todo lo que sea análogo al orden, a la armonía y a la libertad doméstica, y que pueda servir para purificar la conducta que cada individuo debe guardar al practicar los deberes que le corresponden (p. 296).

Aquí decía que la tenía como objeto primordial el de fortalecer la familia y de contribuir a su orden, su armonía y su libertad.

Si cotejamos el texto del '54 con el del '45, resulta que la novela histórica, un subgénero, obedece a un imperativo patriótico, mientras que la novela en sí—es decir, todas las novelas—obedece a un imperativo doméstico.³ Entre estos dos textos no hay realmente una contradicción sino solamente un cambio de énfasis. Incluso al final de la misma “Carta-prólogo” el concepto “Familia” aparece desprovisto de su función analógica: “Como la verdad es que al lado de la vida *histórica* ha existido la vida *familiar*, así como todo hombre que ha dejado recuerdos

2. Santiago, Imprenta del Siglo, 1845, p. 295. Todas las citas de este libro serán de esta edición, y aparecen dentro del texto. López se subscribía a la reforma ortográfica patrocinada por Sarmiento. He decidido no regularizar la ortografía de ningún texto citado en el presente ensayo, aunque me he tomado la libertad de corregir las erratas obvias.

3. En el *Curso* López no desarrolla su propia discusión de la novela histórica; sólo se habla de ella dentro de una larga cita que reproduce de un libro del español Gil de Zárate. En su discusión de la novela, López usa los términos “novela” y “romance” intercambiablemente, aunque muestra preferencia por el de “novela.” Por lo tanto, no se asoma aquí la distinción que había establecido el novelista inglés Walter Scott entre “novela” (una narrativa ficticia en que “the events are accommodated to the ordinary train of human events, and the modern state of society”) y “romance” (una narrativa ficticia “in prose or verse; the interests of which turns upon marvellous and uncommon incidents”). “Essay on Romance,” originalmente publicado en la *Encyclopaedia Britannica*, citado de *Essays on Chivalry, Romance, and the Drama*, London, Frederick Warne, 1887, p. 65.

ha tenido un rostro, el novelista hábil puede reproducir con su imaginación la parte perdida creando libremente la *vida familiar* y sujetándose estrictamente a la vida histórica en las combinaciones que haga de una y otra para reproducir la verdad completa” (p. 19). La novela histórica, pues, en su dimensión familiar, aboga por la familia; en su dimensión histórica, aboga por la patria.

Esta doble misión moral se patentiza en la contextura de *La novia del hereje*, que, según dice su autor en la “Carta-prólogo,” fue publicada originalmente en Chile en la década de los ’40. (La única fecha que he encontrado para esta primera publicación es la que supuestamente ofrece José Enrique Rodó en una edición revisada de *El mirador de Próspero* y que luego repite Concha Meléndez: es 1846, y no es del todo convincente.)⁴ De hecho, la novela viene a ser una especie de aplicación programática de las ideas sobre la historia y la literatura que avanza el joven autor argentino (n. 1815) en varios textos producidos durante su exilio en Chile entre 1840 y 1845. Por ejemplo, el objetivo anunciado en la “Carta-prólogo” de “echar una mirada al pasado desde las fragosidades de la revolución para concebir la línea de generación que han llevado los sucesos” se ilumina recurriendo a su *Memorias sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad* (1845), donde se presenta una filosofía bastante hegeliana de la historia fundada en la convicción de que la humanidad progresa “perpetuamente hacia la perfección” y que se necesita:

4. En la edición de 1945 de los *Escritos de la Revista Nacional* de Rodó, preparada por José Pedro Segundo, éste escribe la siguiente nota a fin de aclarar la fecha 1846 que figura en el artículo “Arte e historia” para señalar la publicación en folletín de *La novia*: “Falta la cifra de las unidades en el texto de la *Revista*. Ponemos el guarismo fijado por Rodó en la nueva edición de *El Mirador de Próspero*, en el ya mencionado escrito sobre *Juan María Gutiérrez y su época*.” El texto fijado por Segundo, junto con la nota, es el que reproduce Emir Rodríguez Monegal en su edición de las *Obras completas* de Rodó (Madrid, Aguilar, 1967, p. 865). Concha Meléndez, en *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)* (Madrid, Monografías de la Universidad de Puerto Rico, 1934, p. 74), también da la fecha 1846, y a continuación cita el artículo “Arte e historia” de Rodó. (Ignoro a cuál versión del artículo se refiere.) En los otros textos que he consultado, ninguno aventura una fecha para la publicación del folletín, aunque todos, con una excepción, dicen que se publicó en Chile, a lo mejor basándose en lo que dijo el mismo López en su “Carta-prólogo” de 1854. La excepción es Noël Salomon, quien dice que el folletín apareció en Montevideo (“Los valores románticos y novelescos en el ‘Facundo,’” *Realidad, ideología y literatura en el ‘Facundo’ de D.F. Sarmiento*, Amsterdam, Rodopi, 1984, p. 150). Esto último es también posible; López abandona a Chile para ir a vivir a Montevideo en diciembre de 1845 o en enero de 1846. Ricardo Piccirilli, *Los López: Una dinastía intelectual. Ensayo histórico literario. 1810-1852*, Buenos Aires, EUDEBA, 1972, p. 62.

...llevar la luz de la civilización actual a las civilizaciones anteriores, para no perder de vista la cadena necesaria que las liga...Sólo haciéndolo así se puede llegar a comprender cuántas ventajas gozan los tiempos posteriores, de que no gozaron los anteriores, cuántos progresos morales y sociales hay en todo lo que es nuevo, de que careció todo lo que es viejo....⁵

En otras palabras, todo tiempo pasado fue peor. *La novia del hereje, o La Inquisición de Lima* pinta con colores subidos la corrupción y el despotismo del régimen colonial de los españoles. Miguel Cané, quien reseñó la novela en 1863, basó su elogio precisamente en el mismo criterio que había manejado López: “El objeto que se propone este trabajo literario es de suma importancia como justificación de la independencia americana del gobierno español, y como prueba del progreso que hace el país en el aumento, hoy sin trabas, de su población, introduciendo en ella una raza civilizadora, ejercitada en la vida positiva e industriosa y comerciante...”⁶ (Respecto a esto último, el héroe de la novela—su hereje epónimo—era inglés.)⁷ Más que por reflejar la

5. Buenos Aires, Nova, 1943, p. 25-6. Todas las citas de este escrito serán de esta edición y aparecerán dentro del texto.

6. “*La novia del hereje o la Inquisición de Lima*, por el Dr. D. Vicente López, Inicio crítico,” *La Revista de Buenos Aires*, t. II, citado en Piccirilli, p. 75. La idea de que la humanidad—en este caso, el pueblo americano—progresaba incesantemente, aun a través de los peores momentos de aparente regresión, es la misma que recogió Sarmiento en su *Facundo* cuando atribuía a Quiroga y a Rosas el haber logrado la unidad de la nación argentina (ej. “Así la Providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles....” Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 115. Las subsiguientes citas del *Facundo* serán de esta edición, y aparecerán dentro del texto.)

7. Otro objetivo anunciado en la “Carta-prólogo”—el de “orientarnos en cuanto al fin de nuestra marcha”—también se aclara en la *Memoria* de 1845:

Por esto es que, cuando el estudio de la historia es hecho con consciencia, nos enseña a vivir con la sociable tolerancia del buen patriota, nos enseña a conocer y a respetar las virtudes del ciudadano, nos da valor para practicar y defender el bien en toda ocasión; en fin, sólo en él aprenderemos a conocer las exigencias del Estado y los medios más propios de satisfacerlas en el sentido de la felicidad común. Seriamente convencidos de las faltas y de los extravíos producidos por los errores pasados, entraremos a influir sobre nuestro tiempo con el precioso caudal de experiencias que nos legaron otros siglos; marcharemos entusiasmados a las filas de los que abogan por el bien de la humanidad; ningún error funesto vendrá a poner la banda de las preocupaciones sobre nuestros ojos, y repetiremos siempre lo que decía el gran Leibniz: “La época actual, hija de la pasada, está preñada del porvenir” (p. 30).

filosofía de la historia del autor, *La novia del hereje* me interesa por la manera en que satisface el imperativo de toda novela tal como la define López en su *Curso de bellas letras*. Es decir, me interesa como una lección moral sobre la familia. Pero tampoco aquí la historia está de más, ya que López, cuya filosofía de la historia es altamente orgánica, no puede separar las instituciones domésticas de las políticas. Según él, el hogar refleja la polis.

II

Esta idea de que la familia, o el hogar, es un espejo en que se reflejan tanto instituciones como conductas políticas no es, ni mucho menos, invento de López. Uno de sus expositores más admirados por los jóvenes liberales sudamericanos de esa época era el francés Alexis de Tocqueville, quien, en el segundo tomo de su *Démocratie en Amérique*, publicado en 1840, había escrito:

Tout le monde a remarqué que, de nos jours, il s'était établi de nouveaux rapports entre les différents membres de la famille, que la distance qui séparait jadis le père de son fils était diminuée, et que l'autorité paternelle était sinon détruite, au moins altérée.

.....

Il n'est peut-être pas inutile de faire voir comment ces changements qui ont lieu dans la famille sont étroitement liés à la révolution sociale et politique qui achève de s'accomplir sous nos yeux.

Il y a certains grands principes sociaux qu'un peuple fait pénétrer partout ou ne laisse subsister nulle part.

Dans les pays aristocratiquement et hiérarchiquement organisés, le pouvoir ne s'adresse jamais directement à l'ensemble des gouvernés. Les hommes tenant les uns aux autres, on se borne à conduire les premiers. Le reste suit. Ceci s'applique à la famille, comme à toutes les associations qui ont un chef. Chez les peuples aristocratiques, la société ne connaît, à vrai dire, que le père. Elle ne tient les fils que par les mains du père; elle le gouverne et il les gouverne. Le père n'y a donc pas seulement un droit naturel. On lui donne un droit politique à commander. Il est l'auteur et le soutien de la famille; il en est aussi le magistrat.

.....

...dans le même temps que le pouvoir échappe à l'aristocratie, on

voit disparaître ce qu'il y avait d'austère, de conventionnel et de légal dans la puissance paternelle, et une sorte d'égalité autour de foyer domestique.

.....
Je pense qu'à mesure que les mœurs et les lois sont plus démocratiques, les rapports du père et du fils deviennent plus intimes et plus doux; la règle et l'autorité s'y recontrent moins; la confiance et l'affection y sont souvent plus grandes, et il semble que le lien naturel se resserre, tandis que le lien social se détend.⁸

El impacto de esta perspectiva se registró no sólo en el joven López sino en el círculo de amigos que lo rodeaba en Santiago de Chile. Está presente, por ejemplo, en muchas páginas del *Facundo* (1845), que su buen amigo Sarmiento publicó primero como folletín en el diario *El Progreso* e inmediatamente después como libro. Repetidas veces el autor del *Facundo* reproduce anécdotas de la vida familiar de Rosas y de Quiroga para substanciar sus observaciones sobre los sistemas políticos que los dos supuestamente personificaban. Un caso representativo aparece en la Parte Segunda, capítulo X, "Gobierno Unitario" (que figura en la primera edición del libro pero probablemente no en el folletín).⁹ Aquí Sarmiento formula la siguiente pregunta sobre Rosas: "¿De dónde ha tomado tan peregrinas ideas de gobierno, este hombre horriblemente extravagante?" (p. 209). Su respuesta no se deja esperar:

Rosas descende de una familia perseguida por goda durante la revolución de la Independencia. Su educación doméstica se resiente de la dureza y terquedad de las antiguas costumbres señoriales. Ya he dicho que su madre, de un carácter duro, tétrico, se ha hecho servir de rodillas hasta estos últimos años....(pp. 209-10).

Unos pocos párrafos después repite, con ligeros cambios, la misma pregunta, y esta vez contesta: "Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la *Estancia de ganados* en que ha pasado toda su vida, y en la *Inquisición*, en cuya tradición ha sido

8. *Oeuvres complètes*, I, Paris, Gallimard, 1967, pp. 200-03.

9. Cotejando varias colecciones de *El Progreso*, he llegado a la conclusión de que es probable que el folletín del *Facundo* concluyera con la parte Segunda, capítulo IX, "Barranca Yaco!!!" Esto difiere del consenso de opiniones hasta ahora emitidas de que el folletín, igual que la primera edición, contenía un total de quince capítulos y terminaba con "Presente i porvenir." Daré más datos sobre mi conclusión en un trabajo titulado "El *Facundo*, folletín," que aparecerá en la *Revista Iberoamericana* en 1988.

educado” (p. 211). No le cuesta al lector establecer la conexión: la dura y tétrica madre de Rosas forma parte del legado de la Inquisición, lo cual en el vocabulario del autor equivale a la España medieval, feudal y fanática.

De manera aun más explícita que en el texto de Sarmiento, la noción de que lo doméstico refleja lo político fue expresada en el controversial ensayo “Sociabilidad chilena,” que Francisco Bilbao publicó en junio de 1844.¹⁰ Este joven chileno (n. 1823) era maestro en el Liceo fundado el año anterior por Sarmiento y López, pero tuvo que renunciar a su puesto para no comprometer a los directores cuando estalló el escándalo provocado por su ensayo. Este texto, que criticaba el gobierno actual de Bulnes por aferrarse al pasado, denunciaba este pasado como español y por lo tanto como católico, feudal y autoritario: “La España, dijimos, es la Edad Media, i nosotros salimos de la edad media de España.”¹¹ Manejando un criterio orgánico, hablaba de la “unidad de creencias” que caracterizaba la Edad Media española: “La idea domina a la forma. Las ideas de un pueblo ramifican, pues la idea es principal en todas las formas que orijina la vida. Así vemos la unidad de la fé, de tradición, de autoridad, dominar i formar el verdadero carácter de nuestra sociedad” (pp. 19-20). La actualidad, tanto de Chile como del occidente en general, era una época de transición salida de la Revolución pero amenazada por las fuerzas reaccionarias feudales y católicas. De cuatro categorías de relaciones—las sexuales, las generacionales de padres e hijos, las políticas (entre ciudadanos) y las intelectuales (del pensamiento)—, las que menos habían evolucionado eran las dos primeras:

La mujer está sometida al marido.—Esclavitud de la mujer. Pablo, el primer fundador del catolicismo, no siguió la revolución social de Jesu-Cristo. Jesús emancipó a la mujer. Pablo la sometió. Jesús era occidental en su espíritu, es decir, liberal; Pablo oriental, autoritario. Jesús fundó una democracia religiosa, Pablo una aristocracia eclesiástica. De aquí se vé salir la consecuencia lójica de la esclavitud de la mujer. Jesús introduce la democracia matrimonial,

10. “Sociabilidad chilena” apareció en el periódico *El Crepúsculo*. A raíz de este escrito, su autor fue rápidamente procesado y condenado en tercer grado por blasfemo e inmoral. De acuerdo con la ley de censura entonces vigente en Chile, el texto fue entregado a las llamas.

11. *Obras completas*, ed. Pedro Pablo Figueroa, Santiago de Chile, Imprenta de “El Correo,” 1897, I, p. 19. Las citas subsiguientes de “Sociabilidad chilena,” son de esta edición y aparecerán en el texto.

es decir, la igualdad de los esposos. Pablo coloca la *autoridad*, la desigualdad, el privilegio en el más fuerte, en el hombre.

Esta desigualdad matrimonial es uno de los puntos más atrasados en la elaboración que han sufrido las costumbres i las leyes. Pero el adulterio incesante,—ese centinela que advierte a las leyes de su imperfección,—es la protesta a la mala organización del matrimonio.

Pero la cuestión se ajita, la democracia matrimonial penetra. La Francia está a la cabeza de esta revolución, Jorje Sand a la cabeza de la Francia. Ahí está esa sacerdotiza que se inmola, pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la rejeneración del matrimonio.

El hijo irremediamente sometido al padre. Esclavitud del hijo.... Este principio es de alta importancia en la lógica católica. El catolicismo es la imposición i tradición idéntica de la fé católica, por lo que necesita de la autoridad que la imponga en las jeneraciones, que venga del mismo modo que ha sido recibida. En la familia, la autoridad es el padre, es el anciano, es la tradición, es lo viejo; luego el poder que tenga debe ser absoluto. Las leyes políticas, en la esfera de los intereses patrios i los civiles en las relaciones particulares, limitan este poder, lo que prueba la protesta del buen sentido de los pueblos contra el dogma absoluto relijioso. Las costumbres bajo este aspecto, se puede decir que no van paralelas con las teorías filosóficas. Desde que reconocemos la autoridad de la razón individual en *cada* individuo, el despotismo es ilegítimo, el hijo es otra persona, su libertad es sagrada (pp. 17-8).

Para que la humanidad lograra “la nueva síntesis” (p. 11), se deduce que habría que generalizar tanto la democracia matrimonial como la generacional dentro de la familia.

Este ideal de lo que deberían ser el matrimonio y la vida familiar—ideal netamente liberal y burgués—se encuentra expresado en muchas páginas producidas por los contemporáneos liberales del joven Bilbao, y será característico de buena parte del pensamiento liberal latinoamericano del siglo XIX: piénsese, por ejemplo, en el ideal matrimonial que funciona como realidad lograda (la pareja Martín y Leonor) en *Martín Rivas* (1862) del chileno Blest Gana, o como imposibilidad (Leonardo e Isabel) en *Cecilia Valdés* (1839, 1882) del cubano Villaverde.¹² Este ideal corresponde a lo que Lawrence Stone, en *The*

12. Véase al respecto el excelente ensayo de Doris Sommer, “Not Just Any Narrative: How Romance Can Love Us to Death,” *The Historical Novel in latin America: A Sym-*

Family, Sex and Marriage in England 1500-1800, ha identificado como el matrimonio de compañerismo (“the companionate marriage”) y el modo cariñoso, permisivo y orientado hacia los niños en las relaciones entre padres e hijos (“the child-oriented, affectionate, and permissive mode”).¹³ Y este ideal es el que informa todo el tratamiento del tema de la familia en *La novia del hereje, o La Inquisición de Lima*. En el siguiente trozo sacado de la novela, que describe de manera ensayística la negación de este ideal en la vida colonial del siglo XVI, el ideal mismo se deja vislumbrar a través de las palabras “amor,” “ternura,” “albedrío” y “libertad legítima”:

En obsequio de la verdad histórica y de la justicia que debemos al tiempo en que escribimos, tenemos que decir: que aquél que de esta rigidez de formas que la autoridad paterna tenía entonces, deduzca la existencia de mayores y envidiables virtudes hoy olvidadas, o la de una moralidad intachable en las recíprocas relaciones de los miembros de la familia, o mayores hábitos de orden y de sensatez, se llevaría gran chasco. Porque el organismo de la casa reposaba todo sobre el despotismo y la arbitrariedad del padre. El eje de la sociedad doméstica no era el amor, que es el único elemento moralizante de la domesticidad; sus formas carecían de la ternura, que no es sino la expresión educatriz y genuina de ese amor; y todos los resortes por fin se concentraban en el del *miedo*. El albedrío se criaba sofocado, contrariado, extraviado. La falta de libertad legítima y de atmósfera moral viciaba en su raíz el estado de familia; y por eso era que bajo este despotismo exclusivo de la autoridad paterna (como bajo todos los otros despotismos), el vicio y la desmoralización se habían abierto mil sendas anchas y oscuras por donde buscar la saciedad.

Apelamos a la historia para ratificar nuestras observaciones. Cualquiera que se tome el trabajo de inquirir el estado doméstico de aquellos países y aquellas épocas donde han aparecido grandes y bárbaros tiranos, donde la sociedad se ha visto sumida en mayor corrupción, hallará que el primero de sus rasgos es el despotismo paterno

posium, ed. Daniel Balderston, Gaithersburg, Md., Ediciones Hispamérica, 1986, pp. 47-73.

13. En Inglaterra “these trends first become prominent in wealthy merchant and professional households in the city in the last third of the 17th century. From then they spread from the upper landed classes, gathering strength rapidly in the early 18th century, and reaching a climax towards 1800.” Edición abreviada, New York, Harper Torch Books, 1979, p. 150.

introducido en las relaciones de la casa. Ninguna nación del mundo presenta una serie de tiranos más atroces ni más continuados que Roma; y en ninguna parte del mundo tampoco el padre de familia tuvo un poder más arbitrario concentrado en sus manos por la ley y por los hábitos....

Después de Roma, la España: allí donde Felipe II ahorcó a su propio hijo en nombre de su propia autoridad, era solo donde el fanatismo de las persecuciones fraticidas podían soplar con la furia del huracán.¹⁴

III

La novia del hereje es una novela histórica que combina escenas melodramáticas típicas de la tradición gótica y del romanticismo con cuadros costumbristas a menudo satíricos al estilo de Larra, autor admirado e imitado por Vicente Fidel López y sus contemporáneos. Su historia de amor reproduce una trama clásica del romance decimonónico: la heroína virtuosa y bella cae bajo el poder de un hombre malvado y tiene que ser salvada por el héroe, quien es también virtuoso y bello y quien se casará con ella al final.¹⁵ Las escenas melodramáticas forman parte de esta trama principal, mientras que el costumbrismo cómico tiende a ahorrarse para una serie de tramas y cuadros secundarios. El

14. Buenos Aires, "La Cultura Argentina," 1917, pp. 191-92. Las restantes citas de esta obra serán de esta edición y aparecerán entre paréntesis dentro del texto.

15. Hablando del romance en general—es decir, como una constante narrativa que abarca muchos siglos—Northop Frye dice:

There are two major structural principles in fiction: one is the polarization of ideal and abhorrant worlds, which we have seen is central to romance; the other is the cycle of nature, in which the solar and seasonal cycles are associated in imagery with the cycle of human life. The heroine who becomes a bride, and eventually, one assumes, a mother, on the last page of a romance, has accommodated herself to the cyclical movement: by her marriage, or whatever it is, she completes the cycle and passes out of the story.... The heroine's virginity... is associated with the stresses and complications she has to go through before marriage, and which constitute the story proper... The two poles of her career in the story... are her eventual triumph, which usually includes both marriage and the recovery of her identity, and, opposite, the point of her lowest fortunes, when she is often a sacrificial victim or near victim, threatened with rape or death, if not both. *The Secular Scripture: A Study of the Structure of Romance*, Cambridge, Harvard University Press, 1976, pp. 79-80.

tema de la familia, que incluye el del amor, se desarrolla en su mayor parte dentro de la trama del romance, aunque recibe un tratamiento satírico dentro de la línea costumbrista (ej.: el episodio del personaje Estaca y su mujer adúltera en el capítulo XXII). En este comentario sólo se va a considerar la presentación de la familia y el matrimonio dentro de la trama del romance.

Primero hablaré de la familia como eje de las relaciones intergeneracionales—entre padres e hijos. La familia retrógrada de la heroína, María, y de sus padres, don Felipe Pérez y Gonzalvo y doña Mencia de Manrique, funciona como un obstáculo que tiene que ser superado para que María pueda formar una familia progresista con su novio y héroe, el inglés Henderson. En este sentido el rechazo por parte de María del mundo de sus padres obedece a la finalidad cómica de la trama (Y requiere un acto notable de desobediencia filial, parecido al de Zoraida en el *Quijote*: María literalmente abandona a su padre cuando se fuga a Inglaterra con Henderson. Su madre ya se había muerto de dolor.) Tal finalidad cómica, según Fredric Jameson, se basa en la resolución de la lucha generacional, “the Oedipal situation, with its tyrannical fathers, its rebellious younger generation, and its renewal of the social order by marriage and sexual fulfillment.”¹⁶

16. *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press, 1981, p. 142. En el contexto en que Jameson habla de estos “materials of comedy,” se distingue la comedia del romance. Hace esto a propósito de una discusión de Frye, quien en la teoría del romance que adelanta en *The Anatomy of Criticism* y *The Secular Scripture* nos da, según Jameson, “the fullest account of the genre as a mode” (p. 110). La teoría de Frye, sin embargo, tiende a ser deshistorizante (“Frye’s is ... a ‘positive hermeneutic,’ which tends to filter out historical difference and the radical discontinuity of modes of production and their cultural expressions” [p. 130]), y a la vez totalizadora (“Frye takes [romance] to be the ultimate source and paradigm of all storytelling” [p. 105]). Dado lo último, Frye aparentemente llega a neutralizar las fronteras genéricas al escribir frases como la siguiente: “A romance is normally comic, in the sense that usually the heroine’s wiles or whatever are successful and the story ends with marriage or some kind of deliverance” (*Secular Scripture*, p. 92). Al distinguir entre la comedia y el romance, Jameson no quiere restituir “the typologizing abuses of traditional genre criticism” (p. 141). Al contrario, consistente con su proyecto de aprovechar lo útil de varias metodologías contemporáneas para la elaboración de una crítica marxista que pueda responder a la naturaleza sobredeterminada de todo producto literario (y sobre todo, de la narrativa), propone una crítica de géneros que efectúe una desconstrucción histórica de las categorías operantes (p. 145) y que proyecte “a model of the coexistence or tension between several generic modes or strands” (p. 141) que están presentes en una obra, o sea, en “a specific textual occasion” (p. 145). La necesidad de una operación que revele tales discontinuidades genéricas (p. 144) es particularmente obvia para “those eclectic, omnibus forms which are the monuments of nineteenth-century novelistic production” (p. 143). *La novia del hereje*, sin ser ningún monumento, es fundamentalmente ecléctica. Sus escenas costumbristas anticipan la ironía desacralizadora del realismo. Sus elementos melodramáticos

La novela nos cuenta que “Don Felipe estaba muy lejos de ser un mal padre: amaba a su hija, anhelaba verla feliz sobre la tierra” (p. 376). Sin embargo, dado que pertenecía a la retrógrada raza española que, según López en la “Carta-prólogo” de 1854, luchaba “en el tiempo de la conquista, contra las novedades que agitaban al mundo cristiano y preparaban los nuevos rasgos de la civilización actual” (p. 17), don Felipe, sin consultar a su hija, arregló su casamiento con un hombre que ella apenas conocía. Después, al darse cuenta que el futuro yerno era un canalla que había denunciado tanto a él como a su hija a la Inquisición, decidió llevar adelante el matrimonio para salvar su nombre y fortuna: “Hombre prudente, avezado en todas las humillaciones y disimulos de que son escuela los gobiernos despóticos o las fanáticas oligarquías, don Felipe sintió el golpe y se resignó en prevención de lo peor: frío y egoísta por temperamento, entumecido su corazón también por las doctrinas dominantes de la época que tanto apocaban, ante la voluntad o el interés del padre, los afectos y los derechos de la familia, concibió esperanzas de que el precio de su derrota pudiera reducirse al sacrificio de su hija; cosa que él estaba dispuesto a que se consumara por el empeño en que tenía su palabra” (p. 165).¹⁷

Sólo hay que recordar la obra teatral “El poeta” (1842) de José Mármol, o la novela *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre, o aun el ensayo ya comentado de Bilbao para apreciar la seriedad con que esta generación repudiaba los matrimonios arreglados y mercenarios. En su propia defensa contra la acusación de inmoralidad, Bilbao había escrito, “He querido pues hacer cimentar el matrimonio en el amor” (p. 78). Casarse por amor y no por intereses económicos o de clase era el ideal patrocinado por esos jóvenes intelectuales.

La vida entera de María se sometía a la férrea voluntad de su padre. La casa “siempre había sido moralmente triste y sombría, a causa de la concentración y de la severidad taciturna y dominante del *amo* de ella” (p. 190). A la hora de comer madre e hija guardaban el más perfecto silencio bajo la mirada autoritaria de don Felipe “...que era allí una

apuntan a una lucha entendida como atemporal entre las categorías éticas del bien y del mal, lo cual es característico del romance (Ver también Peter Brooks, *the Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*, New York, Columbia University Press, 1985, capítulos 1-4). A la vez, en su totalidad, la novela de López propone una alegoría histórica cuya trama corresponde a la comedia: el matrimonio María/Henderson prefigura la feliz cooperación entre la nación argentina (después de Rosas) y el imperialismo británico, meta hacia la cual avanza la historia en su movimiento de progreso indefinido o de perfeccionamiento continuo.

17. Como “superintendente de los *situados* del Perú” (p. 36), don Felipe gozaba del “empleo más lucrativo que había en Indias’ después del virrey” (p. 191).

especie de juez supremo para vigilar y reprimir la menor infracción de aquel silencio y compostura obligatorios....Nadie podía repudiar un plato...era menester aceptarlo, probarlo al menos, y dejarlo llevar por las negras esclavas que andaban de rodillas haciendo el servicio de la mesa” (p. 191).

Siempre pendiente de la representatividad de sus personajes, López interrumpe su narración para constatar: “Por extravagantes o incomprensibles que semejantes costumbres parezcan al lector de nuestros días, le podemos asegurar que ellas han sido observadas con toda su estrictez desde la época de que hablamos hasta los primeros años de nuestro siglo; y no sólo en las familias de los burgueses, sino en todos los grados de la sociedad española, desde la casa del rey hasta la del menos visible entre los empleados de sus colonias” (p. 191). Continúa con su disquisición sobre la familia colonial (reproducida arriba), y termina su comentario señalando un segundo modelo, es decir, un modelo alternativo al representado por la familia de don Felipe:

...el hecho es que la inmoralidad oculta y subterránea lo minaba todo a los principios del tiempo colonial, todo, desde la corte de Felipe II hasta la humilde choza del colono americano: era incontenible porque no era en el fondo más que la reacción espontánea del individualismo contra el mal principio en que la sociedad estaba montada: el despotismo. Era por esto que la familia no tenía sino dos estados, extremos ambos: la tirantez del miedo, o la relajación de todo respeto legítimo, la renuncia de todo principio de orden; dependiendo una y otra cosa de los accidentes del carácter de su jefe, de su muerte, de sus enfermedades o de algunos otros motivos personales (p. 192).

Este segundo tipo de familia—la familia desordenada y anárquica—se encarna en las relaciones entre el personaje secundario y satírico don Marcelino Estaca y su esposa, pero también de manera mucho más extrema y significativa, en la “familia” del Padre Andrés. Este representa el esfuerzo por parte de López de concebir a un villano de la estatura de Brian de Bois Guibert de *Ivanhoe*, un verdadero héroe romántico del mal. La ejecución del personaje no logra alcanzar su modelo, aunque tiene todos los ingredientes necesarios. El Padre Andrés es el jefe de la Inquisición de Lima con un pasado digno de la mejor—o peor—pluma melodramática. Durante la rebelión de Gonzalo Pizarro, él mismo da muerte al virrey Núñez Vela (personaje histórico que efectivamente murió en una batalla contra las fuerzas rebeldes en 1546), y

después traiciona a sus propios correligionarios para ganar el favor de las autoridades españolas. Antes de dicha rebelión, a raíz de otro asesinato, se había escondido en la casa humilde de los que habían sido los “nobles entre los nobles” del reino incaico. Acepta la protección de este matrimonio indígena y viola su hospitalidad seduciendo a sus dos hijas. Así se plantea un triángulo incestuoso y sórdido, con el resultado de que el fraile abandona a la primera hermana (Sinchiloya, quien años después habrá degenerado en la enredadora “zamba” Mercedes) a fin de continuar con la segunda (Mamapanki), a quien realmente quiere y con quien tiene una hija ilegítima. La rivalidad entre las dos hermanas siembra el odio donde antes moraba el cariño, y un día Sinchiloya entra a la casa del fraile para robar los papeles que lo identifican como asesino del virrey, y en una lucha entre las dos hermanas, la intrusa mata a Mamapanki. Ahora fraticida, Sinchiloya se lleva los papeles y a su sobrina, y los esconde para poder martirizar al fraile por largos años. Así, el Padre Andrés, jefe de la Inquisición de Lima, es padre de una hija ilegítima cuya identidad ignora. Según su propia confesión, el amor por su hija cuando criatura había sido la única “pasión pura” que jamás había conocido (p. 207), y pasará los años tratando de descubrir su paradero. Ya que Mercedes (Sinchiloya) había sido la nodriza de María Pérez, el fraile sospecha que su hija puede ser la joven criada de ésta, la zamba Juana Pérez. Sin embargo, a pesar de sospecharlo, este padre poseído del mal es capaz de ordenar su prendimiento y la tortura de Juana cuando manda arrestar a su ama Maria (pp. 181-82). En este esquema, pues, de los dos tipos de familia colonial, María pertenece a la familia caracterizada por “la tirantez del miedo,” mientras que Juana, hija ilegítima que desconoce su origen, procede de la familia marcada por “la relajación de todo respeto legítimo, la renuncia de todo principio de orden.”

En contraste con estos dos únicos estados de la familia colonial, tenemos en la “Conclusión” de la novela a la familia establecida por Maria y el inglés Henderson. Si en Lima las relaciones entre padres e hijos se caracterizan por la tiranía y el miedo o por la irresponsabilidad y hasta el desconocimiento, en Inglaterra, el país donde se está gestando el futuro de la humanidad, estas relaciones—dentro de la aristocracia, por lo menos—están informadas por el cariño y la ternura, la intimidad y un orden suave y armonioso. El retrato del hogar de María y Henderson se opone deliberadamente al de don Felipe y doña Mencia. El primer hijo que se nos presenta de esta nueva familia es “una bellísima niña de diez y ocho años a lo más,” que resulta ser “un retrato perfecto” (p. 411) de su

madre, que entonces oscila entre los treinta y cinco y cuarenta años. Es obvio que esta hija, de la misma edad que tenía su madre cuando la conocimos en Lima (p. 37), ha tenido una experiencia doméstica bien diferente a la de su madre cuando joven. Ella se mezcla “jovialmente en la franca y fácil conversación” de su madre y Juana (también transplantada al benévolo clima inglés), mientras que sus hermanitos juegan “bulliciosamente” en el mismo salón con los adultos. Un “precioso muchacho de siete años” salta a las rodillas de su padre, quien trata de leer, y le importuna con preguntas. Este, un Henderson maduro y asentado, le contesta distraídamente a la vez que le regaña suavemente por sus travesuras: “—¡Pero si eres tan travieso, hijito!—le dijo el caballero dándole un beso en la frente.” Cuando el padre le dice que se calle, el muchacho obedece, pero “sin dar signo ninguno de miedo,” y se va a reunirse con sus hermanos “sin hacer mucho caudal del disgusto del padre” (p. 412). Obviamente la conducta paterna de Henderson tiene poco que ver con la de con Felipe, cuyo “amor carecía de ternura exterior: las formas eran malas y no el fondo; y esto provenía de las tendencias dominantes en su época, de la educación, del espíritu social, que hacían despótico al padre, eliminando de las relaciones con sus hijos la ternura y la intimidad, sin los cuales se pueden conservar el amor interno y el interés positivo por su suerte, pero no los encantos y las dulzuras del trato diario con ellos....” (p. 376).

La visión de idilio doméstico con que se cierra la novela (además de la abundante ternura, “Todo respiraba allí el orden, la riqueza y la cultura” [p. 410]) incluye también la imagen de la ideal relación sexual entre hombre y mujer. El enamoramiento de María y Henderson había sido un flechazo (p. 65). Rápidamente se habían jurado amarse para siempre y superar todo obstáculo a fin de mantenerse fieles a su compromiso. Consistente con la perfecta pareja romántica—y la arquetípica del romance—, Henderson tiene que liberar a María de las mazamoras de la Inquisición de Lima justo cuando el terremoto de 1579 amenaza con enterrarlos a todos. Este, el climax de la trama de romance de la novela, es también el momento de justicia para el padre Andrés, quien muere apuñalado por el viejo prometido de María, Antonio Romea, ahora convertido en un sacerdote resentido, siendo otra víctima del egoísmo infernal del Inquisidor. Henderson todavía tendrá que vencer a la muerte una vez más cuando, al final del último capítulo, Romea lo deja por muerto con un disparo. Sin embargo, en la “Conclusión,” una especie de coda que tiene lugar muchos “años después de estos terribles sucesos” (p. 412), lo vemos gozando del premio que les aguarda a los amantes de verdad: un matrimonio feliz, próspero y fecundo con el caro

objeto de su deseo. Este matrimonio, que representa no sólo un ideal romántico sino también el ideal de la juventud liberal y “socialista” de los años cuarenta, contrasta marcadamente con el enlace del austero don Felipe y su tonta y supersticiosa mujer, doña Mencia, y con el enlace triangular, incestuoso y fatal del padre Andrés y las dos hermanas indias. Es un paradigma del “Companionate marriage” que produce “the child-oriented, affectionate, and permissive mode” de la familia.

Pero resulta que la criolla María, “el ideal de la mujer americana” (p. 347), no es la única novia del hereje de la novela. La “Conclusión” nos brinda un segundo matrimonio entre una católica limeña y un protestante inglés, el insólito y poco histórico enlace entre Juana y el Almirante Francis Drake. El joven Henderson había sido protegido de Drake, y había conocido a María cuando participó con el famoso pirata en la captura del barco español en que ella viajaba con sus padres. Existe el cariño más estrecho entre los dos ingleses, y el matrimonio entre Drake y Juana, criada y compañera de María, crea una simetría con el de Henderson y la aristocrática limeña. Ellos son la pareja secundaria y paralela de tantos romances decimonónicos, como por ejemplo, Alice y Heyward en *The Last of the Mohicans* (1826) de Cooper e Irene y Adrian de Colona en *Rienzi* (1835) de Bulwer Lytton.¹⁸

Sin embargo, a pesar del paralelismo, existen diferencias notables entre los dos matrimonios. Tanto Henderson como María son aristócratas y de raza europea. En cambio, Drake, aunque inglés puro, no es de la aristocracia sino “de una familia oscura” (p. 417). Juana, por su parte, es zamba y, hasta la revelación al final de la novela, de origen desconocido.¹⁹ En la “Conclusión” se descubre que es ilegítima, cosa que, dicho sea de paso, siendo mestiza y criada, no debe haber sorprendido a nadie en la segunda mitad del siglo XVI.²⁰ La revelación, o tal vez mejor dicho, la confirmación de su ilegitimidad parece dejar a todos sin cuidado, mientras que la noticia de que “por parte de su madre al menos,

18. No es gratuito que mencione estas dos novelas. En la “Carta-prólogo,” López había dicho que no podía aspirar a ser un Cooper sudamericano, y su amigo Satmiento citaba directamente *El último de los mohicanos* así como *La pradera* en su *Facundo*. López había hablado de Bulwer en su artículo “Romanticismo y clasicismo” de 1842, y *Rienzi* era la novela cuya publicación serial fue interrumpida para dar lugar al *Facundo* en el folletín de *El Progreso*.

19. En esta novela, “zamba,” a pesar de cierta inestabilidad del término, parece significar “mestiza,” y no una mezcla de negro e indio, que es la acepción más corriente de la palabra.

20. Magnus Morner dice que para mediados del siglo diez y seis, “[t]he words ‘mestizo’ and ‘illegitimate’ had become almost synonymous.” *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little, Brown and Co., 1967, p. 43.

Juana es tan noble como el primer noble de Europa” (p. 417) va a fascinar a su marido cuando la sepa, ya que, según dice Henderson, “tiene débil por la nobleza, y va a tener un grande júbilo” (p. 417). En todo esto, es también significativo que ninguno de los ingleses ni tampoco los criollos María y su primo Manuel parecen inquietarse por la sangre indígena de María. Digo que es significativo porque Sarmiento, Alberdi y Echeverría—todos amigos del joven López—no ocultaban su desprecio por el indio americano, aunque esto normalmente se volcaba sobre el indio pampeano y no sobre el inca precolombino.

El matrimonio de Drake y Juana junto con la revelación del origen de ésta obedecen a múltiples fines ideológicos que, por ser tan numerosos, resultan confusos. Se sabe, por ejemplo, que la generación argentina del '37 se opuso a muchos de los viejos prejuicios aristocráticos respecto al matrimonio y que, por lo tanto, patrocinaba los enlaces que cruzaban las fronteras de clase cuando se trataba (tal vez precisamente cuando se trataba) de una mujer de posición social encumbrada y un hombre culto y profesional pero hijo de sus propias obras. En fin, era un modelo que teóricamente hacía posible el acceso de los miembros de su grupo a las señoritas de la oligarquía local y hasta de la aristocracia extranjera.²¹ En el matrimonio Drake/Juana, el plebeyo Drake se casa hacia arriba con la Juana de noble linaje. Sin embargo, dados los prejuicios raciales de los jóvenes del '37, Juana, por ser ilegítima y zamba, da un paso hacia arriba cuando contrae matrimonio con el héroe ilustre, blanco e inglés, Francis Drake. En esta novela, huelga decir que Drake es un héroe y no el hereje temible o el coco de la leyenda. López no encubre su admiración por el corsario inglés, a quien considera un *Welthistorisches Individuum*, apelando al término de Hegel de *Die Philosophie der Geschichte*. López escribe: “En la cabeza de Drake nació por primera vez la idea de encontrar un pasaje entre el Atlántico y el Pacífico: él fué quien abrió esa serie de tentativas a que recién en este siglo ha dado cima su patria en todo el esplendor de esa marina y de ese comercio” (p. 299).

Pienso decir más sobre el posible significado de este curioso

21. Véase a Sarmiento, quien al comentar la obra teatral “El mulato” de Alejandro Dumas, pregunta, “¡I bien, los padres de familia de cierto calibre i alcurnia que han visto esta pieza que tanto ha aplaudido el público, ¿han salido del teatro resueltos a dar la mano de sus hijas, no d'ré a un mulato, sino a un joven honrado, de talento i de una mediana fortuna, sin preguntar primero, quién fué su padre, i de qué familia descende?” “El mulato: drama de Alejandro Dumas,” *Mercurio*, 15 julio 1842, reproducido en *Obras completas*, I, Santiago, Gutenberg, 1887, p. 280. Ver también la novela *Esther* (1858), de Miguel Cané, donde el protagonista, americano e hijo de la democracia, se enamora de la esposa de un despreciable aristócrata inglés, y es correspondido en su amor.

matrimonio, pero antes es necesario comentar otro episodio narrativo que parece confirmar que en esta novela, a pesar de su defensa implícita de la democracia y sus instituciones, el prejuicio aristocrático que Northop Frye señala como característico del género romance termina imponiéndose; es decir, parece que la clase social de los personajes sigue siendo un factor decisivo en sus destinos.²² El episodio a que me refiero es el que transcurre entre el zambo Mateo y su viejo amo don Manuel y que sirve para cerrar la novela. El criollo don Manuel de Argensola Manrique, primo y viejo pretendiente y defensor de María, ha estado en un barco español capturado por Drake. Este, gentil siempre, lo pone en libertad bajo la condición de que antes de regresar a España, visite primero a su prima, a Lord Henderson y a la esposa de su aprensor, quien se hallaba con la familia de María. Llega Manuel al hermoso “*country-mansion*” de su prima, y allí descubre que la vieja criada de ella es ahora la distinguida mistress Drake. Manuel, “con una gracia fácil y urbana” (p. 415), inmediatamente acepta a Juana en su nueva identidad social y la trata de “usted” como corresponde a su posición. Sin embargo, al salir de la mansión de los Henderson, Manuel tropieza con otro viejo conocido de Lima que al igual que Juana es zambo y ha sido un sirviente ligado a la familia Manrique.²³ Si en el caso de Juana, Manuel ha sido capaz de superar en un abrir y cerrar de ojos la vieja relación de criado/señor, no ocurre lo mismo con el zambo Mateo, curiosamente identificado en el texto como “un indio o mulato” (p. 418). Al encontrarse criado y señor, se vuelve a establecer la misma relación jerárquica de antes. Manuel es “usted/don Manuelito/Su señoría/amito” para Mateo; Mateo es “tú/Mateo” para Manuel. No sólo se reanuda la antigua dinámica de dominación, sino que los dos quieren volver a formalizarla. Manuel quiere llevarse Mateo a España para reestablecerlo como criado de la familia, e incluso está dispuesto a esperar los días necesarios para que Mateo arregle sus asuntos, demora que no le había ofrecido a la familia de su prima. Mateo, por su parte, no desea otra cosa, pero al enterarse

22. “One very obvious feature of romance is its pervasive social snobbery. Naive romance confines itself largely to royal families; sentimental romance gives us patterns of aristocratic courage and courtesy, and much of it adopts a ‘a blood will tell’ convention, the association of moral virtue and social rank implied in the word ‘noble.’ A hero may appear to be of low social origin, but if he is a real hero he is likely to be revealed at the end of the story as belonging to the gentry.” *Social Scripture*, p. 161.

23. Es evidente que Mateo sigue ligado a su vieja ama María, aunque no está claro que todavía sea sirviente. Había ayudado a rescatar a María y a Juana de su prisión, y ahora Lord Henderson le tiene “cedidas tierras” (p. 419).

que allí sigue vigente la Inquisición, decide, “con sus ojos bañados en lágrimas” (p. 419) que es preferible quedarse en Inglaterra.

La lección que deriva de esta escena final es reveladora respecto a la ideología liberal sudamericana de mediados del siglo XIX. Las pocas veces en que en la novela se generaliza sobre el pueblo—la multitud—, se le retrata con desconfianza y como veleidoso, sugestionable y anárquico. Claro que en el plano más superficial, se trata del pueblo del siglo XVI, pero aquí como con todos los aspectos de la novela, vale tener presentes las palabras que López escribiera en una de sus contribuciones al debate de 1842 sobre el romanticismo. Refiriéndose al clasicismo, decía:

...porque a él, lo mismo que a cualquier otra literatura, solamente le era dado representar su época. Así es que, siendo literatura moderna, sólo pudo expresar lo que era moderno, es decir, la analogía entre la sociedad antigua y la moderna. Cuando él creía resucitar la vida de los griegos y romanos levantando estatuas donde escribía el nombre de su héroe, no hacía otra cosa que presentar modelos para el ciudadano moderno, para el ciudadano que necesitaba la sociedad contemporánea.²⁴

Cuando López habla de la multitud colonial, como cuando habla del matrimonio de Henderson y María, está hablando solapadamente de realidades de su propio siglo. Todos sus compañeros de grupo desconfiaban de las masas argentinas y de su capacidad para asumir inmediatamente las responsabilidades de la ciudadanía. Por eso ponían tanto énfasis en la educación popular: había que educar al pueblo niño para que algún día asumiera su lugar como ciudadano adulto. Mientras tanto, se teorizaba, el pueblo seguiría voluntariamente en una posición subalterna bajo la tutela benévola de las clases ilustradas. En el intercambio que transcurre entre don Manuel y Mateo al final de la novela, vemos a dos individuos que voluntaria y cariñosamente intentan formalizar esta relación jerárquica. Pero como el pueblo de la pos-Independencia está imbuido de un sentimiento democrático, Mateo rechaza instintivamente la idea de vivir donde subsiste la tiránica Inquisición.²⁵ Prefiere seguir

24. “Clasicismo y romanticismo,” *Revista de Valparaíso*, No. 4 (mayo 1842), reproducido en Norberto Pinilla, ed., *La generación chilena de 1842*, Santiago, Ed. de la Universidad de Chile, 1943, p. 28.

25. Sobre el sentimiento democrático del pueblo, el joven Miguel Cané escribe en 1838, “La democracia vive en las masas, las calles, las plazas públicas, nuestras bellos é inmensos campos, son los templos del pueblo: en ellos derrama sus ideas, sus afectos, su vida toda entera. Observad esa muchedumbre que de todas partes se precipita. Estudiadla un

trabajando las tierras que “le tiene cedidas” Milord Henderson.

Llama la atención que don Manuel acepte con tanta facilidad la transformación social de Juana, pero al ver a Mateo, lo reconoce por lo que indefectiblemente sigue siendo—el criado. Se puede argüir—y creo que legítimamente que dentro de la lógica aristocrática del romance, el noble linaje de Juana viene a justificar su matrimonio con el ilustre Drake. Pero me pregunto si no habrá otro motivo, si no le será más fácil al liberal de los años '40 imaginar que una mujer supere las trabas de su raza y su clase que imaginar o tolerar que un hombre lo haga. Este interrogante está relacionado con un aspecto de la trama matrimonial que queda por analizar: aquí los matrimonios buenos y civilizados consisten en mujeres católicas y americanas con hombres protestantes e ingleses, y en los dos casos los hogares se establecen en tierra extranjera, y no en América. La primera circunstancia—el enlace entre americanas e ingleses—anticipa, con unos pocos años, la solución que en 1852 propondrá Alberdi para aumentar y a la vez mejorar la población argentina:

Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella, sin abdicar el tipo de nuestra raza original, y mucho menos el señorío del país; suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero más capaz de libertad, de riqueza y progreso. ¿Por conquistadores más ilustrados que la España, por ventura?—Todo lo contrario; conquistando en vez de ser conquistados. La América del Sud posee un ejército a este fin, y es el encanto que sus hermosas y amables mujeres recibieron de su origen andaluz, mejorado por el cielo espléndido del Nuevo Mundo. Removed los impedimentos inmorales que hacen estéril el poder del bello sexo americano, y tendréis realizado el cambio de nuestra raza sin la pérdida del idioma ni del tipo nacional primitivo.²⁶

momento; buscad el sentimiento dominante que al través de su rústico lenguaje, de sus toscos y casi repugnantes proverbios, se descubre en cada movimiento, en cada aptitud de ese pueblo joven vigoroso, la *patria*, la *libertad*, hallareis en todo: examinadla algo más; hallaréis la discordia, la envidia, la enemistad, el egoísmo.” “Educación,” *El Iniciador*, Tomo I, Núm. 5 (15 noviembre 1838), p. 100, reproducido en *El Iniciador, Reproducción facsimilar*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1941, p. 184. En la “Introducción” al *Facundo*, al enumerar los elementos que han contribuido a la “lucha obstinada que despedaza” a la Argentina, Sarmiento nombra “la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad” (p. 10).

26. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, en *Organización de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1913, p. 179. Las restantes citas de este libro serán de esta edición y aparecerán dentro del texto.

A primera vista esta solución de Alberdi puede parecer, ni más ni menos, un acto de suicidio por parte de los hombres americanos. La nueva familia argentina constará de una madre argentina y un padre extranjero, dejando al hombre criollo sin ningún papel que cumplir. Pero Alberdi insiste en que esto no significa abdicar el señorío del país. El pasaje textual se puede leer por lo menos de dos modos. Uno señalaría efectivamente un suicidio o eliminación del hombre criollo, no tan distinta, tal vez, a esa otra eliminación que se puede leer en aquella página de las *Bases* donde se rechaza a una República Argentina compuesta: “De hombres como yo, es decir, de ochocientos mil abogados que saben hacer libros. Esa sería la peor población que pudiera tener. Los abogados no servimos para hacer caminos de fierro, para hacer navegables y navegar los ríos, para explotar las minas, para labrar los campos, para colonizar los desiertos; es decir, que no servimos para dar á la América del Sud lo que necesita” (pp. 185-86). Pero otra lectura más probable es que las familias que hay que reemplazar no son todas las familias argentinas, sino principalmente las populares. Los deseados inmigrantes ingleses no vendrían a desplazar a los argentinos cultos—de modo que no se perdería el señorío del país—sino más bien a los hombres del pueblo que son, desde la perspectiva de la generación del '37, el verdadero rival en la lucha por el poder. (Piénsese por ejemplo en la fantasía análoga que Sarmiento introduce en el último capítulo del *Facundo*. Hablando de los efectos positivos que ha tenido el gobierno de Rosas, dice, “¿Los gauchos, la plebe y los compadritos lo elevaron? Pues él los extinguirá: sus ejércitos los devorarán....La población argentina desaparece, y la extranjera ocupa su lugar...” [p. 235]).

Volviendo entonces a *La novia del hereje* y a los destinos tan disímiles de Juana y Mateo, se ve la posibilidad de que, dentro del proyecto de la juventud liberal del '37, la mujer del pueblo tenga más esperanza de ser redimida por el matrimonio que el hombre de su misma clase. Este deberá permanecer satisfecho en su lugar subalterno o desaparecer. Tal vez no sea casual que de los cuatro americanos presentes en el último capítulo—la aristocrática María, el aristocrático Manuel, la plebeya y a la vez noble Juana y el plebeyo Mateo—sólo Mateo no se ha casado o, por lo menos, se suprime este detalle, como se suprime por igual la mención de hijos suyos o la posible maternidad de Juana. Sabemos, en cambio, que Manuel tiene seis y que María también tiene muchos hijos. En todo caso, llama la atención la (re)productividad de la gente decente y la aparente improductividad del pueblo.²⁷

27. Sobre el amor (re)productivo en el romance latinoamericano del siglo XIX, ver Sommer, pp. 59-62.

La cita de Alberdi sobre la necesidad de crear una nueva familia argentina contiene todavía más elementos que pueden iluminar nuestra lectura de la novela. Según él, la única manera de posibilitar las uniones entre americanas y extranjeros es eliminar “los impedimentos inmorales,” o sea, anular el monopolio de la religión católica que condena a “nuestras mujeres americanas á ser escarnio de los extranjeros,” que hace “que los Americanos nazcan manchados,” y que llena “toda nuestra América de guachos, de prostitutas, de enfermedades, de impiedad en una palabra” (p. 68). Para la América española, el “dilema es fatal,” dice: “[O] católica exclusivamente y despoblada, ó poblada y próspera, y tolerante en materia de religión” (pp. 67-8). Sabida es la defensa que hace su generación (ej. Sarmiento en el último capítulo del *Facundo*) de la libertad de cultos para fomentar la inmigración. ¿Pero cuál es la inmigración más deseable? Alberdi es terminante al respecto: “el Inglés es el más perfecto de los hombres...” (p. 76); “es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglo-sajona” (p. 180).

Que las católicas María y Juana se casen con ingleses protestantes lo tiene a López sin cuidado. Al contrario, la novela establece muy a las claras que al casarse con ingleses, ellas se alían al futuro y al progreso, al imperialismo inglés y no al español, a la libertad de conciencia en asuntos religiosos y al valor burgués del “companionate marriage” basado en el amor, el cual, aunque tal vez un poco anacrónico en el contexto del siglo XVI, no lo es en absoluto en la época de López. La única diferencia, entonces, entre la solución matrimonial que se da en la novela y la que propone Alberdi a escala nacional, es que en la novela el famoso lema de Alberdi es invertido puesto que aquí “civilizar es despoblar” a América. Los hogares civilizados y progresistas se establecen en Inglaterra; los niños de María y Henderson aumentan la población británica. ¿A qué responde cambio tan importante? Creo que es obvio que el texto quiere informar que el matrimonio y la familia ideales (léase “burgueses”) no pueden prosperar bajo los regímenes despóticos, sea éste la colonia española con su fanatismo católico, o la Argentina de Rosas, tantas veces descrita mediante analogías con la Edad Media y la Inquisición. Para florecer el “companionate marriage” y el “child-oriented, affectionate, and permissive mode” de la familia se necesitan los aires puros de una sociedad libre y ordenada: para un criollo del siglo XVI, Inglaterra y, para un exiliado argentino de la década de 1840, un futuro muy soñado y entonces no tan lejano.